

EL HONGO

*El secreto de la sabiduría, el poder y el conocimiento
es la humildad (Ernest Hemingway).*

Nadie sabía ya, a estas alturas, quién demonios pudo plantar allí aquel hongo. Tampoco cuándo sucedió. Porque, ¿cómo iba a fijarse alguien que en un lugar cualquiera de la ciudad crecía una minúscula seta? El caso es que ya no era tan pequeña. Ahora se trataba más bien de un problema creciente. Crecía y crecía sin cesar. Lentamente, pero sin desfallecer un ápice.

Semejante espectáculo, nada usual, atraía todos los días a mucha gente. Sobre todo por la tarde, cuando los adultos habían finalizado sus ocupaciones y los niños sus estudios. Era ya un hábito realizar animados paseos familiares para observar este prodigio de la naturaleza. Y últimamente, los fines de semana, veíase a gente procedente de otros lugares, turistas que en grandes autocares se acercaban a admirar esta talofita gigante.

Mirando con detenimiento la descomunal seta, dos parroquianos recordaban los días en que sólo tenía un metro de altura y los niños jugaban a gnomos del bosque saltando a su alrededor. Los pequeños pintaron en su tronco una puerta y

una ventana, y, además, adhirieron a su copa una bonita chimenea verde.

Cuando la planta alcanzó la altura de dos metros, algo ciertamente desconocido en una talofita, el Ayuntamiento dispuso ampliar la zona de tierra que rodeaba al hongo. Se levantaron adoquines y se rodeó la planta con vallas que formaban un cuadrado de unos diez metros de lado. Y por primera vez se prohibió el acceso a la misma, excepto a funcionarios y científicos que portaran la correspondiente autorización municipal.

No resultaba sencillo clasificar al hongo. Destacados micólogos discutían día tras día acaloradamente sin llegar a un acuerdo sobre el tipo de talofita que tenían ante sus ojos. Al tratarse de un hongo tan grande, de crecimiento aparentemente interminable y con un micelio nada filamentososo, se escapaba a toda clasificación botánica. «¡Oh, si Linneo levantara la cabeza!», exclamaban atónitos y exhaustos.

Los programas de radio y televisión que trataban este asunto se sucedían sin tregua. Todo tipo de charlatanes esotéricos, místicos y quiméricos desfilaban por las emisoras contando sus extravagantes teorías. Al mismo tiempo, por fortuna, algunos científicos prestigiosos explicaban humildemente lo poco que podían decir del fenómeno, pero, sin embargo, aportaban un cúmulo nada desdeñable de conocimientos micológicos que la gente desconocía. De este modo, muchas personas pudieron distinguir, por primera vez, entre unas setas y otras, así como percatarse de la prodigalidad con que la naturaleza actúa en este terreno.

Vale la pena exponer algunas de las opiniones que esos días salían a las ondas o se reflejaban en la prensa escrita. Hay quien afirmaba que unos extraterrestres, no se sabe con qué oscuros motivos, habían plantado la extraña seta, que sin duda era propia de algún planeta lejano. Investigadores más serios se inclinaban por una mutación biológica. Aludían al

bajón de la capa de ozono y la subsecuente mayor entrada de rayos ultravioletas, lo que habría alterado las cadenas cromosómicas de algún hongo normal. Algunos ecologistas radicales proclamaban el apocalipsis biológico por nuestros desmanes. Y por fin había quienes creían que los botánicos aún no conocían todas las especies existentes en el planeta, y que alguien, manteniendo en secreto todo el proceso, había traído la enigmática seta de algún ignoto lugar no explorado.

Renato, un mendigo muy especial, sospechaba de alguien. Le pareció urgente buscar a Darío. «¿Se habrá vuelto loco? —pensó—. ¡Pero, coño, si Darío no había vuelto con él! Dios sabrá qué pudo haberle ocurrido a todos ellos en el bajel».

Renato, un solitario errante, y Darío, un joven botánico conservacionista, se habían encontrado con otros aventureros de distinto pelaje en unas tierras sureñas desconocidas. Sin poder dar una explicación muy coherente a todo lo que veían, comprobaron con sus cinco sentidos la evidencia de unos lugares en los que sus habitantes vivían de manera diferente y en los que la naturaleza ofrecía un espectáculo grandioso con especies vegetales distintas a las que ellos estaban acostumbrados a contemplar. Darío les explicó que en ningún libro de botánica se encontraban catalogadas muchas de aquellas plantas.

Tras residir un tiempo en aquellas tierras lejanas y hospitalarias, fueron invitados a participar en unos festejos que tenían lugar antes y durante el día de San Juan. El colofón de las fiestas consistía en un viaje a bordo de un antiguo bajel del siglo XVIII perfectamente conservado. Sin embargo, Renato sospechaba que aquel viaje no preludiaba nada bueno. Su sexto sentido le dijo que debía escapar. Se refugió en un bosque cercano, donde por cierto pudo ver hongos gigantes, aunque ninguno del tamaño que ya había adquirido el que nos ocupa, y huir finalmente. De los que subieron a la nave

nada volvió a saber. Albergaba la esperanza de encontrar a Darío y que sus presentimientos de entonces fuesen infundados. Darío era sin duda la única persona que podría dar una explicación convincente sobre el fenómeno que tenía a todos preocupados. Había que localizarle como fuese.

Mientras, la seta alcanzaba ya una altura equivalente a tres pisos de un edificio normal y su tronco tenía un diámetro de tres metros. La copa abarcaba una circunferencia en la que cabía una vivienda media. Los asombrados ciudadanos veían día tras día cómo la estructura laminar del interior de la copa aumentaba sus oquedades, que parecían tenebrosas cavernas. El color rojo de la cáscara superior sólo podía admirarse ahora desde las ventanas más altas. Algunos vecinos cobraban una módica cantidad por la entrada a su casa para fotografiar al hongo desde arriba. Los sábados y domingos había largas colas ante sus casas. Toda esta situación alegraba mucho sus bolsillos, pero esa alegría pronto se tornó en preocupación al escuchar los informes de la concejalía de urbanismo, en los que se avisaba de un incipiente debilitamiento en los cimientos de todos los edificios circundantes.

Renato buscó en todos los rincones donde pudieran darle señales de Darío: asociaciones ecologistas, jardín botánico, Museo de Ciencias Naturales, Facultad de Biología. Por fin pudo saber de él en un centro experimental de agricultura macrobiótica, donde le dijeron que trabajaba allí, y que los lunes, miércoles y viernes estaba de cuatro a nueve de la tarde.

El hongo aceleraba peligrosamente su crecimiento. Ya resultaba imposible el tráfico de cualquier vehículo en sus cercanías, pues los restos del velo general y la volva levantaban una gran parte del asfalto. Sobrepasaba en altura a algunos altos edificios y se le veía emerger desde lejos como si de un monstruo fantástico se tratara.

Renato y Darío se dieron un fuerte abrazo. Cada uno pensaba que el otro había desaparecido. Darío le contó a Renato que en el misterioso bajel los habitantes de aquellos lugares trataron de convencerles para que no volvieran, pues no quieren que en otros lugares del planeta sepan de su existencia. Lograron convencerles para que les dejaran marchar: que no contarían nada de lo visto y que buscarían a Renato, si es que había sobrevivido, para persuadirle de lo mismo. «Yo te he buscado, Renato, pero como nunca estás en un sitio quieto, me ha sido imposible encontrarte. Ya sabes cuál es nuestra promesa: no contar nada».

Algunos edificios tuvieron que ser desalojados. Sus aflictos inquilinos fueron reacomodados en campamentos erigidos en las afueras de la ciudad. Desde algunas ventanas se podía tocar la copa, que tenía una textura áspera. Pese a su inmensidad, el hongo no transmitía sensación de solidez. Daba la impresión de que podía resquebrajarse en cualquier momento.

«Pues sí, Renato, yo traje esquejes y semillas. Pero en ese lugar donde crece la talofita gigantesca no recuerdo haber plantado nada. Salvo que se me haya caído algo por allí. Y aun así, no recuerdo haber visto por aquellas tierras una cosa semejante. Sólo se me ocurre que se trate de un crecimiento anormal por acomodación a otro medio. Puede que estemos ante un fenómeno biológico nuevo o desconocido. Pero lo que suele ocurrir es precisamente lo contrario cuando plantamos aquí en el Norte especies sureñas: que crecen muy poquito».

«¡Oye, Renato, quiero preguntarte una cosa! A pesar de faltar a nuestra promesa a aquellas gentes, ¿no te parece que el asunto es lo suficientemente grave como para suministrar todos nuestros conocimientos a las autoridades?».

Las discusiones subían de tono en las esferas gubernamentales. La alcaldía de la ciudad había cedido los trastos a la